**VISION IGNACIANA DE LA SUSTENTABILIDAD**

Es obvio que en los escritos de San Ignacio de Loyola no aparece ninguna alusión a la sustentabilidad tal y como se entiende actualmente este término. Más bien habría que derivarla de la interpretación realizada a este respecto, en décadas recientes, a partir de la espiritualidad ignaciana.

Antes de abordar el tema de esta charla, es conveniente explicitar los términos sustentabilidad e ignacianidad. El primero, entendido como desarrollo sustentable, ha sido analizado y discutido hasta la saciedad, porque ha dado lugar a múltiples e incluso contradictorias y aun perversas interpretaciones en las dos últimas décadas.

El segundo término del binomio, lo ignaciano, se ha definido y sintetizado desde hace varios años, en la así llamada espiritualidad ignaciana, cuyos rasgos han sido estudiados y desarrollados por múltiples autores, y se ha utilizado para sustentar la acción apostólica de los jesuitas en diversas tareas vinculadas con su misión.

 Uno de los rasgos de esta espiritualidad se relaciona con el cuidado del medio ambiente, tal y como lo ha explicitado la Congregación General 35 de la Compañía de Jesús, en su decreto 3: “Desafíos para nuestra misión, hoy”. Allí se explicita la reconciliación con la creación, y dice textualmente:

 “El cuidado del medio ambiente afecta a la calidad de nuestra relación con Dios, con los otros seres humanos y con la misma creación. Afecta al centro de nuestra fe en Dios y nuestro amor a El. Nuestro cuidado del medio ambiente se inspira en lo que Ignacio enseña en el Principio y Fundamento sobre el buen cuidado de todas las creaturas y en su intuición (en la Contemplación para alcanzar amor, al terminar los Ejercicios Espirituales) sobre la presencia activa de Dios”

“Para escuchar, una vez más, el llamamiento a promover relaciones justas con la creación, hemos sido movidos por el clamor de los que sufren las consecuencias de la destrucción medioambiental… Esta Congregación urge a todos los jesuitas y a quienes comparten la mima misión, en particular a las universidades y centros de investigación, a promover estudios y prácticas orientadas a enfrentar las causas de la pobreza y a mejorar el medio ambiente. Debemos encontrar caminos en los cuales nuestra experiencia…con las personas que trabajan en la protección del medio ambiente, interactúen…de forma tal que los resultados de la investigación y la incidencia política consigan beneficios prácticos para la sociedad y el medio ambiente. Esta incidencia política e investigación deberían estar al servicio de los pobres y de quienes trabajan en la protección medioambiental”.

Una de las características de la espiritualidad ignaciana que podría vincularse con la sustentabilidad podría ser la importancia de las perspectivas críticas y proféticas. En este sentido, no obstante que San Ignacio nos invita a una admiración y agradecimiento por la realidad de lo creado (Ver Contemplación para alcanzar amor), sin embargo también nos exhorta a que tengamos una actitud crítica, al ver la distancia entre el horizonte de justicia y dignidad que quiere Dios para toda la humanidad, en la Contemplación de la Encarnación (EE espirituales) y la realidad histórica de un mundo resquebrajado por las guerras y discordias, causadas por el pecado de soberbia y ambición, y que producen desolación, injusticia, enfermedad y muerte.

Por ello, en el Documento “La promoción de la justicia en las universidades de la Compañía de Jesús”, se enfatiza que el agradecimiento no es complaciente sino comprometido con un futuro de vida plena, al que el ser humano está llamado a contribuir. De aquí surge la perspectiva crítica y profética, como podría decirse en un lenguaje cristiano.

Ignacio de Loyola, inspirado en el evangelio de Jesucristo, está plenamente persuadido de que el tríptico riqueza material, vano honor mundano y poder, son los tres pilares en que se sustenta el pecado del mundo, y a ellos opone los valores cristianos propios de los discípulos de Jesucristo: pobreza evangélica, humildad y servicio por amor, para la construcción de la justicia del Reino de Dios. Y en este sentido, la lucha de la sociedad civil organizada en contra de la depredación de los recursos naturales por parte de empresas nacionales y transnacionales, se enmarca en la dinámica ignaciana de rechazo al poder económico y político que causa la destrucción de la naturaleza y de la vida humana.

La resistencia a las acciones depredadoras del poder económico y político, es parte de nuestra lucha contra el pecado del mundo, pero no puede quedarse solamente en el rechazo y la oposición, sino que debe conducirnos como universitarios, a realizar programas y proyectos de investigación que desemboquen en prácticas transformadoras, en vinculación con las comunidades que transitan por el mismo sendero y con las misma intencionalidad crítica y transformadora.

*“En todo amar y servir”*

*José Teódulo Guzmán, S J*

*12/06/15*